

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

La oración en las Cartas de san Pablo (5)

20 de junio de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Con mucha frecuencia, nuestra oración es petición de ayuda en las necesidades. Y es incluso normal para el hombre, porque necesitamos ayuda, tenemos necesidad de los demás, tenemos necesidad de Dios. De este modo, es normal para nosotros pedir algo a Dios, buscar su ayuda. Debemos tener presente que la oración que el Señor nos enseñó, el "Padre nuestro", es una oración de petición, y con ella el Señor nos enseña las prioridades de nuestra oración, limpia y purifica nuestros deseos, y así limpia y purifica nuestro corazón. Ahora bien, aunque de por sí es normal que en la oración pidamos algo, no debería ser exclusivamente así. También hay motivos para agradecer: si estamos un poco atentos, veremos que recibimos muchas cosas buenas de Dios; es tan bueno con nosotros que conviene, es necesario darle gracias. Y debe ser también oración de alabanza: si nuestro corazón está abierto, a pesar de todos los problemas, también veremos la belleza de su creación, la bondad que se manifiesta en su creación. Por lo tanto, no solo debemos pedir, sino también alabar y dar gracias; solo de este modo nuestra oración es completa.

En sus Cartas, san Pablo no solo habla de la oración, sino que además refiere oraciones, algunas ciertamente también de petición, pero otras de alabanza y de bendición por lo que Dios ha realizado y

en el seno de nuestra madre Él ya nos conocía (cf. Jr 1,5); y, conociéndonos, nos amó. La vocación a la santidad, es decir, a la comunión con Dios, pertenece al plan eterno de este Dios, un plan que se extiende en la historia y comprende a todos los hombres y las mujeres del mundo, porque es una llamada universal. Dios no excluye a nadie; su proyecto es solo de amor. San Juan Crisóstomo afirma: «*Dios mismo nos ha hecho santos, pero nosotros estamos llamados a permanecer santos. Santo es aquel que vive en la fe*» (*Homilías sobre la Carta a los Efesios*, I, 1, 4).

San Pablo continúa: Dios nos predestinó, nos eligió para ser «*sus hijos adoptivos por medio de Jesu-cristo*», para ser incorporados en su Hijo unigénito. El Apóstol subraya la gratuidad de este maravilloso designio de Dios sobre la humanidad. Dios nos elige no porque seamos buenos, sino porque Él es bueno. Y en la antigüedad había una frase sobre la bondad: *Bonum est diffusivum sui*, ‘el bien se comunica’; el hecho de comunicarse, de extenderse, forma parte de la esencia del bien. De este modo, porque Dios es la bondad, es comunicación de bondad, quiere comunicarse. Él crea porque quiere comunicarnos su bondad, y hacernos buenos y santos.

En el centro de la oración de bendición, el Apóstol ilustra de qué modo se realiza el plan de salvación del Padre en Cristo, en su Hijo amado. Escribe: «*En Él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de su gracia*» (Ef 1,7). El sacrificio de la cruz de Cristo es el acontecimiento único e irrepetible con el que el Padre nos ha mostrado de modo luminoso su amor, no solo de palabra, sino de una manera concreta. Dios es tan concreto y su amor es tan concreto que entra en la historia, se hace hombre para sentir qué significa, cómo se vive en este mundo creado, y acepta el camino de sufrimiento de la pasión, sufriendo incluso la muerte. El amor de Dios es tan concreto que participa no solo en nuestro ser, sino también en nuestro sufrir y morir. El sacrificio de la cruz hace que nos convirtamos en “propiedad de Dios”, porque la sangre de Cristo nos rescata de la culpa, nos lava del mal, nos libra de la esclavitud del pecado y de la muerte. San Pablo invita a considerar cuán profundo es el amor de Dios que transforma la historia, que ha transformado su misma vida, de perseguidor de los cristianos en Apóstol incansable del Evangelio. Resuenan una vez más las palabras tranquilizadoras de la Carta a los Romanos: «*Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con Él?*» (). Pues yo estoy

este designio y de esta acción; la belleza del Creador que se refleja en sus criaturas (cf. Ef 3,9), como canta san Francisco de Asís: «*Alabado seas, Señor mío, con todas tus criaturas*» (FF, 263). Es importante estar atentos también precisamente ahora, durante las vacaciones, a la belleza de la creación y a ver reflejarse en esa belleza el rostro de Dios. Los santos muestran de modo luminoso en su vida lo que puede hacer el poder de Dios en la debilidad del hombre. Y puede hacerlo también con nosotros. En toda la historia de la salvación, en la que Dios se ha hecho cercano a nosotros y espera con paciencia nuestros tiempos, comprende nuestras infidelidades, alienta nuestro compromiso y nos guía.

En la oración aprendemos a ver los signos de este designio misericordioso en el camino de la Iglesia. Así crecemos en el amor de Dios, abriendo la puerta para que la Santísima Trinidad venga a poner su morada en nosotros, ilumine, caliente y guíe nuestra existencia. «*El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él*» (Jn 14,23), dice Jesús prometiendo a los discípulos el don del Espíritu Santo, que enseñará todas las cosas. San Ireneo dijo una vez que el Espíritu Santo se acostumbró en la Encarnación a estar en el hombre. En la oración debemos acostumbrarnos a estar con Dios. Esto es muy importante, que aprendamos a estar con Dios, y así veamos lo hermoso que es estar con Él, que es la redención.

Queridos amigos, cuando la oración alimenta nuestra vida espiritual, nos volvemos capaces de conservar lo que san Pablo llama "el misterio de la fe" con una conciencia pura (cf. 1Tm 3,9). La oración, como modo de "acostumbrarnos" a estar junto a Dios, genera hombres y mujeres animados no por el egoísmo, por el deseo de poseer, por la sed de poder, sino por la gratuidad, por el deseo de amar, por la sed de servir, es decir, animados por Dios. Y solo así se puede llevar luz en medio de la oscuridad del mundo.

Quiero concluir esta catequesis con el epílogo de la Carta a los Romanos. Con san Pablo, también nosotros damos gloria a Dios porque nos lo ha dicho todo de sí en Jesucristo y nos ha dado al Consolador, al Espíritu de la verdad. Escribe san Pablo al final de la Carta a los Romanos: «*Al que puede consolidaros según mi Evangelio y el mensaje de Jesucristo que proclamo, conforme a la revelación del misterio mantenido en secreto durante siglos eternos y manifestado ahora mediante las Escrituras proféticas, dado a conocer*